

El significado de una dedicatoria

En junio de 1960, Juan Carlos Onetti termina de escribir *El astillero*, su séptima novela. Se la dedica a Luis Batlle Berres, su amigo y director del diario Acción en el que Onetti había trabajado.

Este libro está dedicado a Luis Batlle Berres Junio de 1960

expresa el autor en forma breve y sin adjetivos. Le basta con nombrar al destinatario del gesto y la fecha.

Este acto no habría tenido nada de especial si Batlle no hubiera sido el político colorado más prometedor e importante del medio siglo. Presidente de la República a partir del 2 de agosto de 1947, al suceder siendo vicepresidente al titular Tomás Berreta, que falleciera en funciones ese mismo día a la edad de 71 años. Entonces, el sucesor tenía cincuenta años y era sobrino de José Batlle y Ordóñez, dos veces presidente de la República e impulsor de las reformas que en el primer tercio del siglo sentaron las bases del Uruguay moderno. Esa sucesión le permitió a Luis Batlle consolidar un perfil de liderazgo dentro de su partido y proyectarse como un político de gran futuro, por ideas y personalidad. Su presidencia se desarrolla en un tiempo optimista en el cual hasta se pudo ganar el Campeonato Mundial de Fútbol en Brasil tras la hazaña de Maracaná. Fue la época de la frase “Como el Uruguay no hay”.

Imposibilitado por la Constitución para ser reelecto en los siguientes comicios de 1950, Luis Batlle apoyó e impulsó la candidatura de Andrés Martínez Trueba, quién resultó triunfador. Sin embargo, el sistema presidencialista que le habría permitido a Batlle una segunda chance en las siguientes elecciones de volver a ocupar la presidencia fue sustituido, reforma mediante, por el gobierno colegiado por el cual Batlle y Ordóñez tanto había bregado y que en vida no pudo ver concretado.

La reforma se plebiscitó en 1951 y fue puesta en vigencia en 1952. Con ella, los sectores herreristas del Partido Nacional y el sector colorado de la lista 14, celosos de la ascendencia y proyección de Luis Batlle, cambiaron las reglas de juego e impulsaron la reforma de un Poder Ejecutivo que habría de actuar integrado por nueve miembros, seis por la mayoría y tres por la minoría en función de los lemas más votados de los partidos tradicionales, entonces receptáculos de la casi totalidad del voto popular.

Tras la aprobación de la reforma constitucional, el Partido Colorado volvió a imponerse en las elecciones de 1954, conducido otra vez por Luis Batlle, quien asumió como presidente del primer colegiado surgido de la reforma constitucional. La presidencia del órgano duraba un año y los integrantes de la mayoría se iban turnando en ejercerla.

Es en ese año de 1955 cuando Onetti, que residía en Argentina desde comienzos de la década del 40 y en donde había escrito parte de su obra fundamental, como *La vida breve* (1950) y *Los adioses* (1954), regresa a Uruguay en noviembre y empieza a trabajar en una agencia de publicidad. La tarea de redactor publicitario no le era desconocida, porque en Buenos Aires había ocupado ese puesto nada menos que J.W. Thompson.

Casado por cuarta vez en ese mes de noviembre, ahora con Dorotea Muhr, Onetti regresa a un país distinto al que había dejado casi quince años antes y por supuesto diferente a la Argentina en la que había vivido, en especial durante el periplo peronista que culminaba de manera violenta con la Revolución Libertadora que ese año acababa de triunfar. La pareja alquiló un apartamento en un edificio de la avenida Gonzalo Ramírez, en un sexto piso por escalera y en esa precaria comodidad, Onetti siguió desarrollando su escritura mientras Dolly tocaba su violín.

No obstante el empeño de Onetti en su trabajo como publicitario, las apreturas económicas se tornaron insostenibles, por lo cual tuvieron que venir al rescate sus antiguos y muy queridos camaradas de la época anterior a su permanencia en Buenos Aires.

Zelmar Michelini y Manuel Flores Mora, eran amigos de Onetti desde su juventud y militantes colorados, integrantes de un grupo conocido como “los jóvenes turcos”, al que pertenecían otros políticos de futuro destaque, como Amílcar Vasconcelos, Luis Hierro Gambardella y Julio María Sanguinetti. Habían ingresado a la política rodeando a Luis Batlle y sosteniendo posturas radicales dentro del coloradismo, por oposición a las tendencias más conservadoras representadas por la lista 14 o el Riverismo.

En 1948, Luis Batlle había fundado el vespertino Acción, que nucleó rápidamente las plumas de varios de sus jóvenes seguidores de la lista 15. Por mediación de dos de ellos, Michelini y “Maneco” Flores Mora, y a favor del vínculo juvenil que había tenido con Luis Batlle, Onetti ingresa en Acción escribiendo algunas columnas y luego asciende hasta ocupar la secretaría de redacción. En 1955 y 1956, con Luis Batlle de nuevo en el gobierno, Fernando Fariña y Amílcar Vasconcellos ocuparon la dirección, con Maneco Flores Mora como subdirector y Jorge Batlle como redactor responsable. No obstante, Luis Batlle nunca abandonó la conducción periodística porque él era, por sobre toda otra vocación, periodista de alma. A la amistad anterior con Onetti le sumó un trato aunque no cotidiano por sus obligaciones gubernamentales, igualmente cercano con el escritor en la hirviente redacción del vespertino de la calle Camacú.

La tarea periodística y la bohemia natural del oficio se prolongó en las tertulias del Café Metro de la Plaza Cagancha, en las cuales Onetti fue integrándose a la vida montevideana para ejercer esa fascinación legendaria que provocaba en mujeres y también en hombres, quienes por lo general sucumbían a ese trato que mezclaba osquedad y distancia con un sentido de la seducción muy calculado.

Los amigos de Onetti que participaban de la política y de la vida de Acción comprendieron rápidamente que el escritor merecía trabajar en un ámbito más vinculado a la cultura que a su vez le permitiese más espacio para la escritura. Intentaron proponerlo como agregado cultural en alguna embajada. Como eso no prosperó, las influencias político

partidarias lograron que se incorporase a la directiva de la Comedia Nacional en un cargo que debía ocupar por cuatro años. Enseguida fue nombrado Director de Bibliotecas de Montevideo en el ámbito municipal. Corría el año 1959. Todo un ascenso que habría de poner a Onetti en contacto con la realidad gris y burocrática de la intendencia capitalina, ocupando un puesto que habría de conservar los siguientes catorce años, hasta que en 1973, ya instalada la dictadura, los militares fueran a apresarlo.

De modo tal que, sin tener un vínculo partidario manifiesto pero vinculado por amistad a Luis Batlle – una relación basada en lo humano más que en lo político- Onetti va a entender y vivir esos entretelones que la política y sus influencias condicionan. El triunfo de la lista 15 en las elecciones de 1954 determinó que esa influencia tuviera en el ámbito municipal su resistencia porque la mayoría del funcionariado de la Intendencia pertenecía a la lista 14, acérrima rival de la lista de Batlle. Para colmo, en ese momento -1959- el poder político había experimentado un cambio dramático en el país: el año anterior, en noviembre de 1958, el Partido Blanco había triunfado en las Elecciones para desplazar a los colorados tras noventa y tres años ininterrumpidos de gobernar el Uruguay. La victoria blanca en todo el país había sido por una diferencia de 120.000 votos. Y por primera vez los blancos se hacían cargo de la intendencia de Montevideo.

En ese nuevo escenario laboral, afincado en Montevideo desde cuatro años antes, habitando el desangelado apartamento de Gonzalo Ramírez, con Dolly trabajando como secretaria y dactilógrafa de la firma Electrolux, Onetti culminará y publicará *Para una tumba sin nombre* (1959) y *La cara de la desgracia* (1960). No obstante, el gran proyecto narrativo que había empezado a desarrollar antes de ese tiempo municipal y asfixiante es la novela *El astillero* que se publicará en mayo de 1961 en Buenos Aires por la Compañía Fabril Editora. La dedicatoria a Luis Batlle Berres dará a ese texto una condición alegórica en el sentido de que la decadencia que Onetti describe para el astillero del título muchos la vincularon de inmediato con una metáfora del Uruguay de la crisis que, según los analistas, había comenzado en el año de 1955, justo cuando el escritor había regresado al país.

Una única decadencia

La dedicatoria fue reafirmada por Onetti cuando, luego de recibir ejemplares de *El astillero* desde Buenos Aires, le lleva uno a Luis Batlle Berres a su quinta del Camino de las Tropas en donde vivía. Pudo entregárselo en el diario, pero decidió hacerlo en su hogar y con ello enfatizar el gesto de dedicarle una de sus novelas más perfectas y decisivas en cuanto a la consolidación del mundo ficcional que había comenzado a construir a partir de *La vida breve* (1950), en la cual crea el espacio mítico de Santa María. De acuerdo a la fecha de publicación de *El astillero*, la visita se produjo en 1961, en mayo o junio.

Según lo que el propio Onetti ha comentado en más de una ocasión, la dedicatoria era el reconocimiento al amigo que lo había ayudado cuando él había regresado de Buenos Aires. Entonces, Luis Batlle gobernaba a través del Colegiado y el Partido Colorado seguía teniendo la mayoría para ejercer el poder. Ya vimos cómo las influencias políticas lograron para Onetti la estabilidad de un empleo estatal que le permitía cierta seguridad económica. No obstante, la gratitud hacia Batlle no implicaba un reconocimiento al político sino al hombre generoso y entrañable que Onetti había conocido en su juventud. Ir hasta la finca del Camino de las Tropas, reafirmaba esa intención.

Con la derrota de las elecciones de 1958, Luis Batlle se propone revitalizar y templar al partido y a su sector político. Era un hombre acostumbrado a la lucha desde muy joven, cuando enfrentado a la dictadura de Terra tuvo que exilarse con su familia en Buenos Aires. Recuperada la democracia, su influencia y carisma lo llevan a posiciones encumbradas no solo en el partido sino en el país. Pese a que el Colegiado no lo favorecía, había participado de la prédica en favor de la reforma constitucional de 1951, por respeto a las ideas de Batlle y Ordóñez, su tío con el que había empezado a vivir al cumplir 15 años. Su madre había muerto cuando tenía 3, y su padre ocho años después. Como presidente de la república o como integrante del gobierno colegiado, sus convicciones siempre lo habían guiado -se batió a duelo dos veces por ellas- y el esfuerzo le había costado, además de soportar

campañas de difamación sobre su persona, dos infartos: uno en 1959 y otro en 1960. Inclusive, en el legendario viaje a Estados Unidos en diciembre de 1955, tuvo que ser hospitalizado dos veces.

Pero los proyectos de Luis Batlle con el impulso que buscó darle a la industria -primero sustituyendo importaciones durante la crisis de posguerra- y luego tratando de exportar, en especial tops de lana, se frenaron. A partir de 1956 el modelo batllista habría de eclipsarse por un cambio en las condiciones internacionales que derivaron en la caída de la demanda y los precios de referencia, lo que determinó que las exportaciones cayeran un 43% en el período 1957/1959. Había asomado la crisis en el horizonte.

Cuando Onetti le lleva *El astillero* dedicado, hacía tiempo que había comenzado el declive político de Luis Batlle quién habría de morir tres años después, con el Partido Nacional todavía en el poder tras imponerse en las siguientes elecciones de 1962. De modo que esa visita y la dedicatoria también tenían un sentido de apoyo al líder que, por obra de una reforma constitucional, no pudo desplegar totalmente su proyecto político personal ya que apenas ocupó por tres años la Presidencia de la República para luego esperar un siguiente turno que no se produjo. Presidir un consejo de nueve miembros por un año no era lo que él siempre había aspirado. La oposición interna de su propio partido y la astucia política del caudillo blanco Luis Alberto de Herrera -que siempre se había opuesto al colegiado- fueron decisivas para que Luis Batlle perdiese el poder.

La novela que Onetti le dedica a Batlle - escrita en 1957-fue definida por el crítico Emir Rodríguez Monegal como mucho más plena y redonda que todas las que había publicado hasta la fecha. Afirma también que el autor uruguayo había avanzado rápidamente hasta ocupar uno de los centros narrativos más fecundos del ciclo de Santa María: la historia de la decadencia y muerte de Junta Larsen. Este personaje regresa a la ciudad de Santa María de la cual fue expulsado años antes por actividades dudosas que en la novela no se aclaran del todo y pretende redimirse y reconstruir su vida asumiendo la gerencia de un astillero en ruinas. Catalogada como obra maestra por Rodríguez

Monegal, *El astillero* se abre a interpretaciones, múltiples lecturas y capas de significado como sucede siempre con las grandes obras de la literatura.

A raíz de la dedicatoria y en atención a la situación que vivía el país -crisis económica, aumento del descontento social, reacomodo de los proyectos de la izquierda ante la realidad del triunfo de la Revolución Cubana y un gran descontento con el funcionamiento del sistema colegiado- sumado al contenido argumental de la novela, *El astillero* significó para muchos una explícita metáfora de la decadencia del Uruguay. No se podía dedicar una novela con ese tema subyacente - crisis de un emprendimiento fabril descrito como la quintaesencia de la ruina- a alguien como Luis Batlle Berres en el momento que se le dedica y pretender que eso no llamara la atención.

Resultó inevitable que la dedicatoria condicionara la lectura de lo que seguía y alimentase todo tipo de especulaciones al respecto. Fue tan poderosa la referencia que cuando la editorial Arca de Montevideo publica su primera edición de la novela en 1967, su editor Alberto Oreggioni decidió eliminar la dedicatoria. Me abstengo de realizar interpretaciones sobre esa supresión ni de indagar si el autor estuvo de acuerdo. En las ediciones actuales de otras editoriales, la dedicatoria se mantiene.

El primero que desmintió esa posibilidad simbólica de *El astillero* fue el propio Onetti, que aclaró que su novela no contenía alegoría alguna y que la única decadencia que mostraba era la del astillero de Jeremías Petrus. A confesión de parte, relevo de pruebas: interpreten todo lo que quieran, dijo el autor e impuso que *el astillero* era una novela sobre el final de uno de sus personajes más logrados, Junta Larsen, y su fracaso para activar la empresa de Petrus, sumida en la descomposición y la quiebra.

El propio Rodríguez Monegal afirma que la circunstancia de la propia dedicatoria acentúa esa interpretación e incluso autorizaría a ver ciertas relaciones simbólicas entre el protagonista de la novela y el político mencionado. En esto último, el crítico advierte que en ese

terreno no es prudente proseguir con el paralelismo. Sin embargo, personalmente creo que esa comparación sería más factible si la relación se estableciera entre Larsen y el propio Onetti, más que con Batlle Berres. No obstante hay ambigüedades del personaje que habilitan esa lectura. Pese a esto, rescato otra afirmación de Rodríguez Monegal en el sentido de que en *El astillero*, su autor trabaja en una dimensión que no es puramente ficticia. Refiere que algo similar había ocurrido con *Para esta noche*, novela que se publica en Argentina casi al mismo tiempo que la toma del poder por parte de Perón y que anticipa una ciudad y un país bajo el terror, la delación y la violencia institucionalizada. Lo notable es que todo eso habría de materializarse años después.

La idea que plantea Rodríguez Monegal es estimable en este sentido: el novelista como intuitivo que trabajando en el territorio de la ficción no puede evadirse de las señales que la realidad del entorno le envía y con ello acceder a un trazo más profundo en el relato. En tal sentido, más que aludir a un proceso de decadencia ya producido en el país, lo que *El astillero* estaría planteando es quizá un anticipo del que después sobrevendría. Ambas alternativas – reflexión sobre lo sucedido o anticipo de lo que vendrá- son posibles.

Contra la interpretación

Nietzsche ha dicho que “no hay hechos, solo interpretaciones”, sentencia con la cual Susan Sontag está de acuerdo solo en un sentido genérico, pero se opone a todo acto interpretativo de la obra de arte en un famoso artículo titulado, precisamente, “Contra la interpretación”. En el afirma que la interpretación es la venganza que se toma el intelecto sobre el arte. Y dice más: la interpretación también es la venganza del intelecto sobre el mundo, porque interpretar es empobrecer, reducir el mundo, para instalar un mundo sombrío de significados, es la hipócrita negativa a dejar sola una obra de arte. Y remata el concepto de manera absolutamente clara y concluyente al afirmar que hace décadas que los críticos literarios creen que su labor consiste en transformar los elementos del poema, el drama, la novela o la narración en otra cosa.

No pretendo aquí contradecir a Sontag o discutir su radical postura que siempre me resultó lúcida y atractiva, pero aceptar su prédica contra la interpretación haría que dejase trunco el tema de esta reflexión. Sin embargo, Sontag nos ayuda a comprender el fastidio de Onetti ante esa mirada alegórica sobre *El astillero*. Es el mismo que pudo sentir Faulkner o Borges ante los críticos que avanzaron sobre sus textos con la aviesa intención de desentrañar lo que esos textos quisieron decir más allá de lo que los propios autores decidieron al escribirlos.

Sontag nos recuerda que la excesiva atención al contenido provoca una arrogancia de la interpretación. Ello implica una especie de supremacía del contenido sobre la forma, a la vez que obliga al crítico a intervenir en la obra con la intención de “descubrir” lo que el autor quiso decir muchas veces sin saberlo. No obstante, si nos atenemos a un concepto que se encuentra en los antípodas de la mirada de Sontag, la idea de “obra abierta” que propuso Umberto Eco en un libro publicado por primera vez en [Italia](#) en 1962, no solo la interpretación es válida. Mediante esa apertura el lector reescribe el texto y se convierte en autor, lo cual genera una particular relación entre lector- autor. Al tiempo que Eco publicaba su libro, otro semiólogo reconocido, Roland Barthes, proponía que la obra debe ser siempre abierta para que no muera.

En el libro de Eco, se hace referencia también al término *obra en movimiento* en atención a las obras abiertas en las cuales el lector encuentra el sentido de una manera activa delante de la obra. “Obra abierta” no significa falta de estructura, sino que existe una estructura detrás del texto que se adapta y soporta otras estructuras dentro. Su orden sería el rechazo de un orden singular por una pluralidad de órdenes. Tal concepción asume que la obra posee una polisemia y una polifonía propias del lenguaje. Por eso la obra es simbólica, ya que el símbolo no es imagen sino pluralidad de sentidos. Esta proposición de apertura y polisemia de la obra introduce una consecuencia notable sostenida por Barthes: la muerte del autor.

Estas teorías -que circulaban ya en la época en la que Onetti escribió la novela- pueden ser válidas y de hecho me habilitan a contradecir al autor en lo relativo a su discrepancia absoluta con la idea de que en *El astillero* alude a la decadencia del Uruguay batllista y su ingreso en una fase de deterioro que está simbolizada por la minuciosa descripción de la empresa de Petrus y sus connotaciones alegóricas. Creo que ante tan tajante posición del autor, no pocos críticos acataron su categórico mentís y postergaron una lectura atenta y en profundidad de la obra para encontrar en el propio texto onettiano la prueba de que la comparación no era tan descabellada.

El destinatario de la dedicatoria, a la sazón como ya vimos desplazado del gobierno, debió ser el primero en captar o no esa alegoría. Pero no sabemos o es imposible hoy rastrear su opinión tras la lectura de la novela. Pero la obra permanece y pese al énfasis de Onetti en cortar cualquier intento de una lectura alegórica o simbólica, es posible someterla a un escrutinio que atiende no solo al texto sino a la peripecia vital del autor luego de que en 1955 regresa a Montevideo. No es casual que *El astillero* empiece con el retorno del personaje central, Junta Larsen, a la ciudad inventada de Santa María:

Hace cinco años, cuando el Gobernador decidió expulsar a Larsen (o Juntacadáveres) de la provincia, alguien profetizó, en broma e improvisando, su retorno, la prolongación del reinado de cien días, página discutida y apasionante —aunque ya casi olvidada— de nuestra historia ciudadana. Pocos lo oyeron y es seguro que el mismo Larsen, enfermo entonces por la derrota, escoltado por la policía, olvidó enseguida la frase, renunció a toda esperanza que se vinculara con su regreso a nosotros.

De todos modos, cinco años después de la clausura de aquella anécdota, Larsen bajó una mañana en la parada de los omnibuses que llegan de Colón, puso un momento la valija en el suelo para estirar hacia los nudillos los puños de seda de la camisa, y empezó a entrar en Santa María, poco después de terminar la lluvia, lento y balanceándose, tal vez más gordo, más bajo, confundible y domado en apariencia.

Es posible interpretar este regreso de Larsen como una alusión tal vez involuntaria al retorno del propio Onetti a Montevideo tras largos años de residencia en Buenos Aires. Ello lleva a identificar al protagonista de *El astillero* con el propio autor, temeraria afirmación que lanzo a modo de idea al pasar y que, el espacio de esta reflexión no me permitirá desarrollar. Es una piedra lanzada al charco, como Onetti diría.

Siempre he sostenido que un autor suele repartirse o escamotearse en varios personajes dentro de la obra. También creo que el sustrato de una posible identidad entre autor y personaje radica mucho más en un vínculo inconsciente que deliberado y la prueba legendaria y canónica es la famosa afirmación de Gustavo Falubert: “Madamme Bovary soy yo”.

De manera que, en contra de lo que Susan Sontag piensa de la interpretación de la obra de arte y desoyendo las explícitas declaraciones de Onetti al respecto de *El astillero*, a partir del propio texto, de la vida de Onetti tras su regreso y de una serie de acontecimientos exteriores a la novela no es imposible afirmar que la decadencia del astillero de Jeremías Petrus podría ser también la de Uruguay en la primera década del medio siglo.

Un tal Larsen

Larsen, junto con el doctor Díaz Grey y el joven Jorge Malabía, configuran los tres personajes más importantes de la saga sanmariana, a cual más diferente.

El primer asomo de Larsen es en la novela *Tierra de nadie*, donde apenas comparece como caricatura de un macró porteño. Luego aparece en un capítulo de *La vida breve*. Si nos atenemos al orden cronológico de las publicaciones, el Larsen de *El astillero* es un personaje consolidado que al llegar a Santa María, arrastra un pasado y varias

humillaciones. Solo en la siguiente novela, *Juntacadáveres*, se completa la figura del hombre que soñó con un burdel propio, acaso el más perfecto jamás concebido y en el cual ha depositado su ambición y su sueño. Pero, como *Juntacadáveres* se publica después de *El astillero*, la información sobre Larsen debe retrotraerse al tiempo anterior de la peripecia de esa novela. Sin dudas una situación problemática para los lectores: una precuela que se publica como anacrónica secuela.

Como obra, *Juntacadáveres* en mi opinión es inferior a *El astillero*, por más que junto con *Para una rumba sin nombre*, configuren un tríptico cuya lectura debe cumplirse en un orden diferente al de su publicación. Sin embargo, ese orden ha sido producto de la circunstancia notable de que Onetti, mientras escribe *Juntacadáveres*, abandona su redacción y se embarca, urgido, en la escritura de *El astillero*. Es decir, mientras relataba el surgimiento del prostíbulo de Larsen en Santa María, se da cuenta que necesita contar la decadencia final y el fracaso del proxeneta. Necesita su fracaso y su expulsión de Santa María por causa del prostíbulo. Por último, necesita que Larsen se embarque en su aventura final, la gerencia del astillero de Jeremías Petrus y con ello acceda a la última degradación y derrota, que no es otra que la muerte para alguien que se sabe muerto en vida.

Como procedimiento, no deja de ser asombroso que un autor abandone una obra para iniciar otra en la que se propone aniquilar a un personaje trascendental y emblemático -quizá en ese momento no lo supiera- de la obra que en ese momento escribe. Es probable que la idea que le surge a propósito del fin de Larsen haya sido tan irresistible que no le quedó más remedio que acometer *El astillero*. Pero esa circunstancia forma parte de la soberana subjetividad del autor, de las pulsiones profundas -los fantasmas de los que habla Ernesto Sábato- que impulsan al escritor y que surgen del inconsciente más profundo para gobernar sus ficciones. La fecha en la cual se produce ese cambio de obra está situada, según Martínez Monegal, en 1957 y en ese año habría escrito Onetti *El astillero*. Una vez terminada esta, continúa con la redacción de *Juntacadáveres*, con la novedad de que vuelve a la

historia del Larsen vivo al que acaba de matar de una pulmonía. Como apunte magistral para las últimas líneas de *El astillero*, allí el autor consigna que en los libros del hospital en donde fallece consta su nombre verdadero. Debió decir “completo”, salvo que Larsen no fuera su apellido.

Larsen es un apellido nórdico, que significa “hijo de Lars” que a su vez significa “laurel” a partir del latín “laurentius”. El laurel es una planta vinculada al honor y a la gloria, en especial de los guerreros y de Roma. Esto no significa que Onetti tuviera en cuenta esos significados al nombrar a Juntacadáveres, con el apócope “Junta” del cual Onetti asegura que le fue impuesto en una conversación casual con el patrón de un boliche. Este le explicó el sentido completo de ese apodo, Junta, con el que se refería a un hombre que bebía en el mismo mostrador que el escritor. Ese hombre era también un macró que regentaba a mujeres vencidas, envejecidas y grotescas que eran cadáveres para la profesión. Esa apropiación que hace Onetti del apodo y la ocupación del futuro Larsen configura, quizá, ese tipo de leyenda indemostrable que suele adornar ciertas gestas literarias y que, en definitiva, poco aportan al hecho literario. El Junta que importa es el personaje. Y el personaje protagoniza dos novelas sucesivas escritas de manera intercalada, como ya vimos. Esto evidencia que el significado de *El astillero* está vinculado y se completa con *Juntacadáveres*, con lo cual la idea de la decadencia de un país más que la de una empresa debe sustentarse a través de las dos obras y no solo de una. Y esa posibilidad ambienta que veamos esa secuencia como el ascenso y caída de Junta Larsen. Tal lectura me lleva a una trasposición arriesgada que propongo sin dilaciones: ese ascenso y esa caída pueden representar también las de Luis Batlle Berres. O al menos aludir a la peripecia de su proyecto político.

Como el Uruguay no hay

Cuando en noviembre de 1955 Onetti regresa al país tras residir en Buenos Aires catorce años, ha transitado tres matrimonios y tenido dos hijos de diferentes mujeres: Jorge (1931) e Isabel María (1951). Ha trabajado en la agencia de noticias Reuter y en la empresa de publicidad

J.W. Thompson, además de publicar cuentos y artículos en diferentes medios gráficos. También ha publicado obra importante aunque todavía no ha sido reconocida como después lo sería.

Desde que editara en Montevideo su primera novela, *El Pozo*, en 1939, su narrativa ha evolucionado hasta acceder al núcleo central de su creación con la decisiva, incomprendida y experimental *La vida breve* (1950), en la cual concibe el puente hacia la ciudad imaginaria de Santa María en la que afincará varias de sus ficciones a partir de su invención en la novela mencionada. El perfil fundacional de esa obra, que mucho debe a los procedimientos narrativos que Onetti abreva en su admirado Faulkner, abre un nuevo camino al escritor al crear un territorio mítico e imaginado que remite sin dudas al faulkneriano condado de Yoknapatawpha. Será en Montevideo en donde el autor dará definitiva presencia a ese territorio que ha fundado y que colonizará con una serie de relatos y novelas que irán configurando la saga sanmariana.

Como ya dije, regresado a Montevideo Onetti se incorpora a la redacción del diario de Batlle y allí se impregna de la realidad política y social del país tras casi tres lustros de vida en Buenos Aires y asistir a los vaivenes de un contexto diferente al uruguayo.

Desde el punto de vista político, Onetti nunca se involucró en los avatares de la realidad institucional y política argentina que había cambiado dramáticamente con la revolución de 1943 que depone al presidente Ramón Castillo e instala a los militares en el poder, primero con la conducción del general Arturo Rawson quien a su vez es depuesto por el golpe inmediato liderado por el general Pedro Pablo Ramírez. Es a partir de ese momento en que la figura del coronel Juan Perón empieza a tener relevancia hasta que su ascenso, expresado en la decisiva jornada del 17 de octubre de 1945, lo impone como líder de un movimiento populista, anti imperialista y anti oligárquico que se instala en el país por los siguientes diez años.

Es evidente que, más allá de no comprometerse con ella, la realidad política argentina tuvo para Onetti, a partir de la instalación de Perón en el poder, un impacto espiritual que él mismo ha admitido. La realidad estaba dominada por la estridencia de largos discursos transmitidos por radio que atronaban el aire con la multiplicación de aparatos que los difundían hasta el último rincón de la ciudad. Había un clima exaltado y bullicioso que incluso perturbaba las horas que Onetti dedicaba a la escritura. El sonido de la realidad tenía el ritmo de los bombos peronistas. Había también un ambiente intolerante y autoritario que en nada favorecía a la cultura. En algún momento de 1955 y en especial cuando la llamada Revolución Libertadora triunfa el 21 de setiembre y Perón se asila en una cañonera paraguaya, el escritor decide regresar a Montevideo

Ese año del regreso de Onetti al Uruguay se le conceden franquicias aduaneras a los legisladores con la famosa Ley de Autos Baratos. El nuevo Consejo de Gobierno se instala con la presidencia de Luis Batlle Berres y se produce la ruptura del sector del Ruralismo con el gobierno batllista. Será ese sector el que en las siguientes elecciones de 1958 contribuirá con sus votos al triunfo del Partido Nacional. Es el año del viaje de Batlle a Estados Unidos, en donde se enfrenta al gobierno de ese país para defender la industria nacional y la exportación de tops de lana. En ese momento las importaciones del país superan a las exportaciones, por lo que la balanza de pagos es deficitaria. Se devalúan los tipos de cambio aplicables a casi todas las importaciones. Puede decirse que el modelo que Luis Batlle ha defendido y aplicado empieza a crujir porque las condiciones exteriores han cambiado.

La idea que tenía Onetti de los “porteños” con los que había convivido remitía a un biotipo social que se preocupaba siempre por lo exterior y por aparentar tener más de lo que tenía. Sin duda, su trabajo en la agencia de publicidad Thompson lo había obligado a respetar ese mundo de apariencias que por lo general se reflejaba en la indumentaria y en el lustre de los zapatos o la visita periódica a la peluquería. En comparación con Montevideo, Buenos Aires era una megalópolis que en

sus barrios más cercanos al Centro reflejaba la opulencia de una sociedad que pocos años atrás vivía en la quinta potencia económica mundial. Los vínculos sociales de Onetti se encontraban entre el ambiente intelectual al que solía frecuentar para departir con otros autores como Oliverio Girondo, Norah Lange y Roberto Arlt. Por mediación de Emir Rodríguez Monegal cierta tarde lo conoció a Jorge Luis Borges, pero el encuentro fue un fracaso, en especial por la actitud torva y resentida de Onetti. Por supuesto que conocía otras realidades a las que por lo general accedía en los boliches o la frecuentación de algunas redacciones.

Desde el punto de vista de la repercusión de su obra publicada en Argentina, era poca la resonancia obtenida, aunque en Montevideo, los integrantes de la generación del 45 con Rodríguez Monegal y Mario Benedetti a la cabeza, reconocían la importancia y valor de Onetti y no ahorran encomios para su escritura que ya iba adquiriendo el sello de un precursor y hasta de un adelantado a su tiempo.

En las elecciones generales celebradas en Uruguay el domingo 26 de noviembre de 1950 se impuso la fórmula colorada integrada por Andrés Martínez Trueba y Alfeo Brum. Sería la última que tendría el sistema presidencialista que luego sería sucedido en la elección siguiente por el sistema colegiado, instaurado por la reforma constitucional que el propio Martínez Trueba había impulsado y que Batlle Berres apoyara. En esas elecciones, realizadas luego de la histórica hazaña de Maracaná, los militantes colorados acuñaron la frase “Como el Uruguay no hay”, que reflejaba la euforia de un país que no cesaba de crecer y encarnar cada vez mejor el ideal de ser “la Suiza de América”.

Mientras la Argentina vivía la polarización que había instalado el peronismo, Uruguay era una tierra idílica que en vez de apostar al poder personal de un gobernante, promovía la instalación de un colegiado de nueve miembros, que diluía ese poder pero al mismo tiempo lo haría ineficaz. Si bien el regreso de Onetti se debió a dificultades económicas

no pudo ser ajena al escritor la luminosa realidad del país que había dejado hacía tres lustros. Sin embargo, cuando regresa, habían pasado cinco años de la gloria de Maracaná y para Luis Batlle, presidente del colegiado electo en las elecciones de 1954, las dificultades empezaban a plantearse porque la crisis asomaba en el horizonte. La sociedad igualitaria, amortiguadora y optimista iba a comenzar un período de lenta decadencia, como la del astillero de Larsen, que habría de resentir al sistema político y a la democracia.

Son muchas las razones por las cuales la dedicatoria de Onetti a Luis Batlle de *El astillero* sigue siendo tan especial como significativa y permite tantas interpretaciones.